

N.º 1491

ALEJANDRO MIGUÉNS PARRADO

Hermosa
y Fuerte



BUENOS AIRES

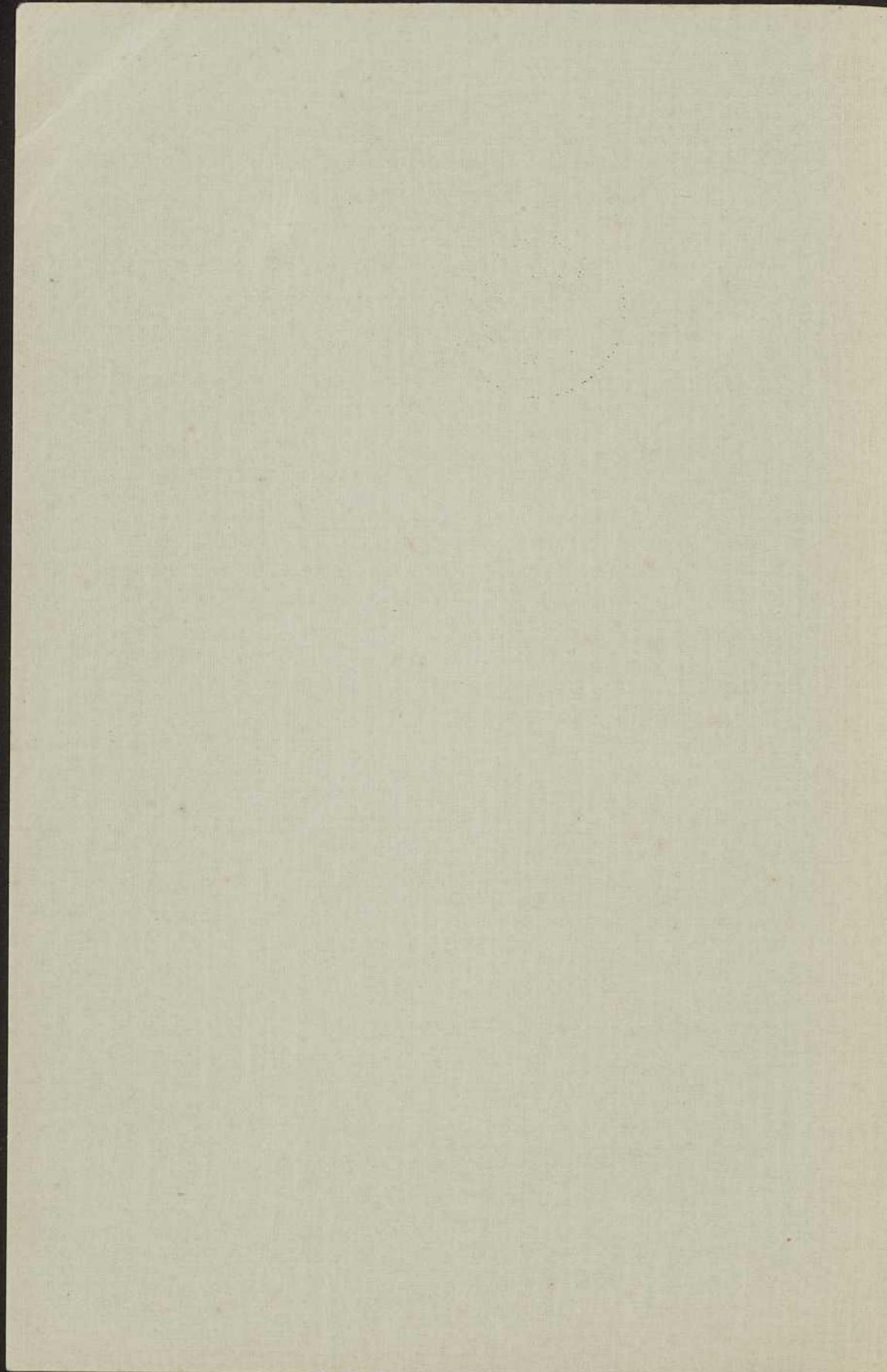
Establecimiento Gráfico de Joaquín Estrach, Humberto I, 966

1912

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

F. 1003

Biblioteca





HERMOSA Y FUERTE



ALEJANDRO MIGUÉNS PARRADO, profundamente

reconocido a la

Real Academia Gallega

Hermosa

Córdoba (Argentina) Agosto 30/1912

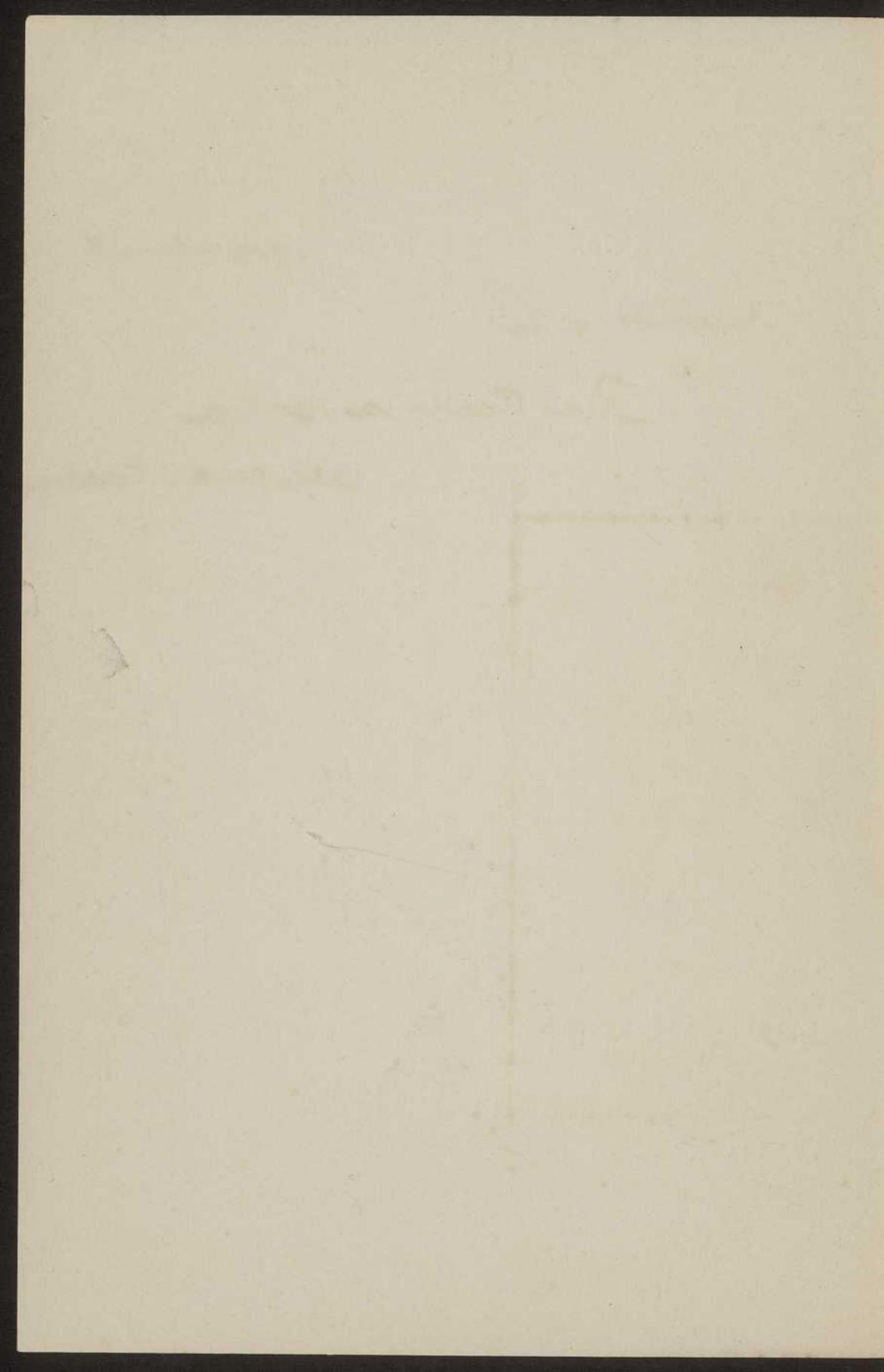
y Fuerte



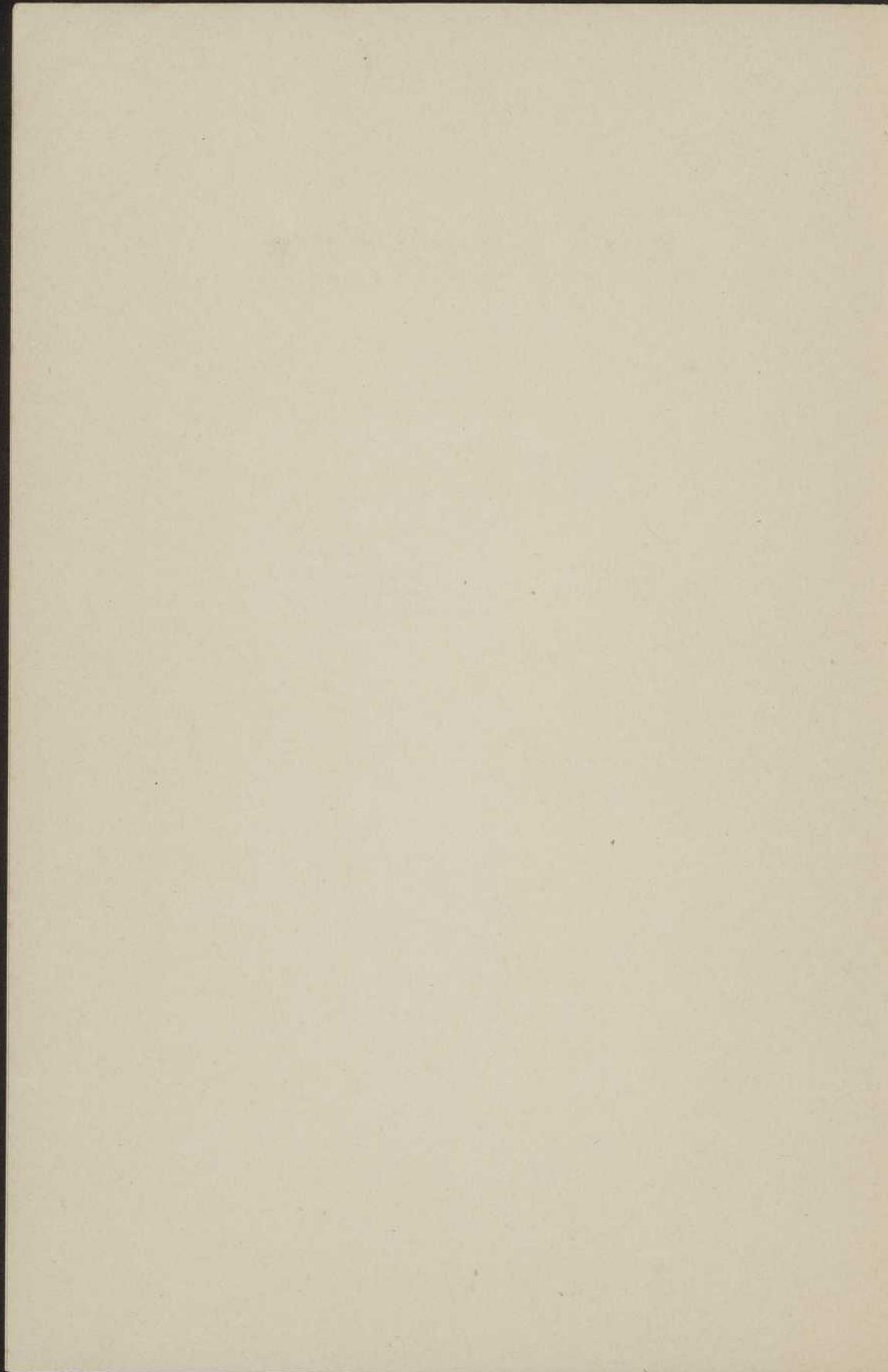
BUENOS AIRES

Establecimiento Gráfico de Joaquín Estrach, Humberto I, 966

1912



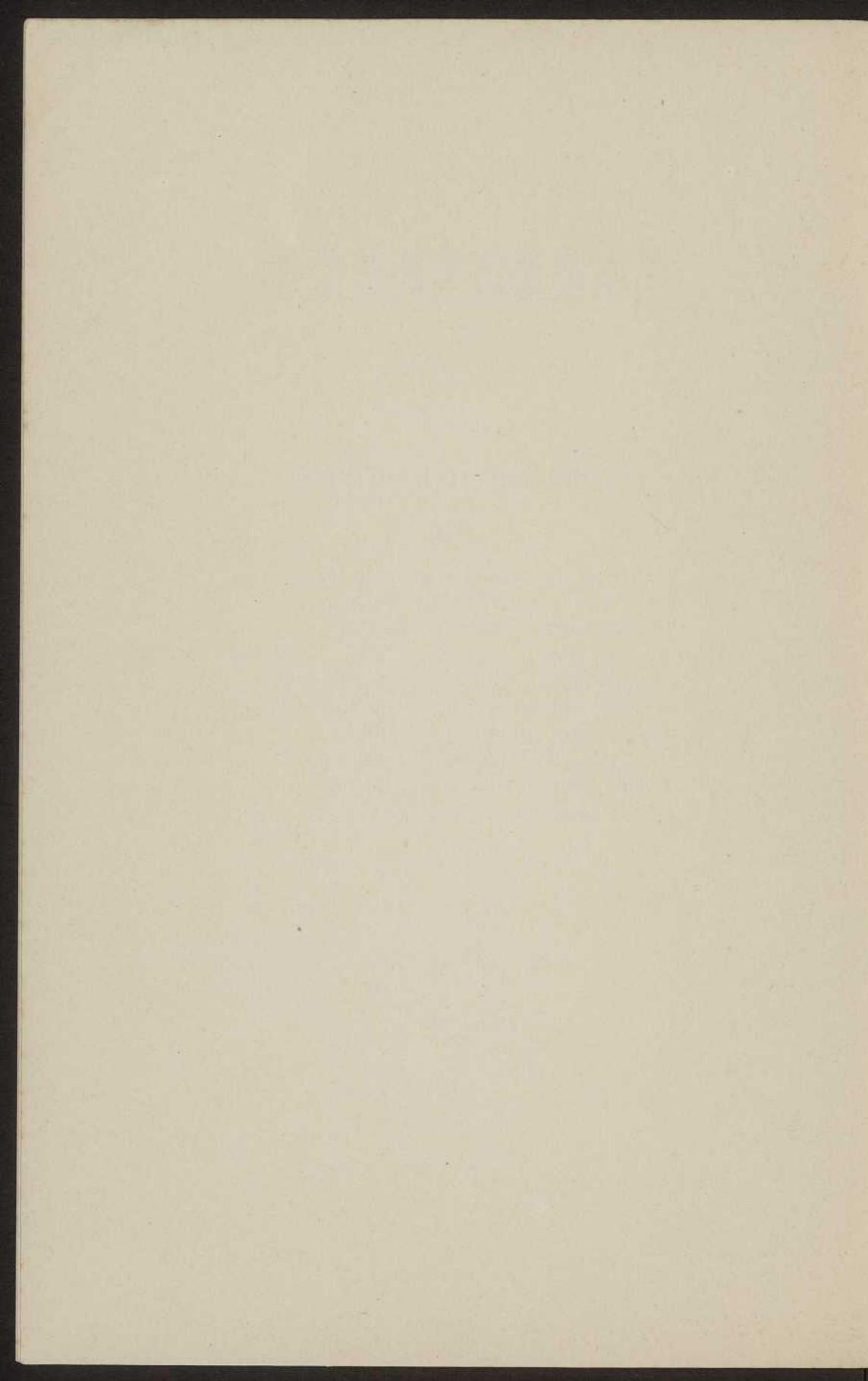
A la ilustrada y valerosa
dama doña Ramona de la Peña
y Salvador de Castro López.





HERMOSA Y FUERTE

Delicia y gloria de mi egregia estirpe,
alma estrella polar de sus destinos;
galiciana mujer, llena de gracia,
drüidesa gentil, mágico hechizo:
¡déjame que te cante y que te diga
la santa embriaguez del sentir mío
cuando, para cantarte,
mi rústico laúd preludia el himno
de mis admiraciones y entusiasmos,
de mis adoraciones y cariños!



De euritmia soberana
armónico prodigio
en líneas, y en relieves,
y en sana morbidez, y en colorido,
y en gracia seductora,
y en mágico atractivo,
la rústica zagala de mi tierra,
aromática flor de sus ejidos,
calandria de sus vegas, de sus montes
fresca mata fragante de tomillo...
¡la rústica zagala
del bello galiciano paraíso
aun espera el pincel que, en un trasunto,
nos regale sus rasgos peregrinos,
aun espera la voz que nos revele
de su agreste beldad los hondos ritmos!
¡Venid, los creadores
que, insomnes, perseguís el arquetipo
del vagaroso y grácil
encanto femenino!
¡los intérpretes sabios de la Idea
de Natura inmortal, venid conmigo!
Seguidme, sin pararos
un punto en el camino

ante los, de la moda,
imbéciles caprichos.

Las ventanas cerrad de vuestros ojos
á la equívoca luz del foco ambiguo,
y con llave de cauto menosprecio
las puertas clausurad de los oídos
á fin de que no ahuyente clamoroso
pregón de vanidad, de vuestro espíritu,
la púdica visión que, entre azucenas
besadas por el sol, tiene su asilo.

Aquí está ya el humilde
sendero florecido
que adrede se bifurca,
se tuerce y se retuerce en laberinto
para aislar la plácida aldehuela
del mundanal bullicio
y preservar de su contacto impuro
el tesoro que allí guarda escondido.

¡Seguidme sin recelo! Yo conozco
del menudo y travieso caminillo
las tretas inocentes...

¡y hasta soy de sus cómplices amigo!
Amigo de estos robles centenarios
y de estos viejos pinos,
que hacen sombra, cual plácidos abuelos,
á su triscar furtivo.

¡Seguidme un paso más! En el misterio
de aquel, que allí se ve, manso retiro;
en medio de aquel valle engalanado
con tapices de céspedes floridos;

allí, donde se eleva
á los cielos el humo campesino;
allí, donde el sendero,
de tanto retozar, cae rendido;
allende ese arroyuelo vagabundo
donde beben jilgueros y pardillos...
¡allí la reina está de mi Süevia!
¡allí está la Mujer que Dios bendijo!
¿No sentís en el alma un afán nuevo?
¿No os auguran potencias y sentidos,
en dulces ansiedades,
seráficos deliquios?
¿No aspiráis en el aura embriagadoras
seducciones de helénicos idilios?...
¡Son las de «Ella»! ¡Miradla qué garbosa
en su exterior sencillo,
en su descuido ingenuo,
en su ademán tranquilo!
¡Qué rítmicas hechuras,
y qué ondulante giro,
y qué amplitud serena,
bajo el vulgar vestido!
La su color bermeja,
¡bermeja como el fruto de los guindos!
sobre un blando matiz que da á las carnes
el tono del marfil de icono antiguo;
sus dos pupilas hondas, ¡dos remansos
de su vivir en el sagrado río!
que invitan á inmergirse en lo profundo
en busca de visiones de infinito;

la su mata opulenta, recogida
en trenzas que aprisionan los ariscos
amores del selvático boyero
ó los del pescador, hosco y bravío...
¡todos esos hechizos soberanos
son la parte menor de sus hechizos!
¡Hay que ver su donaire, en la esplend-
sencillez del indígena atavío, [dente
el día de la fiesta,
las horas reíderas del Domingo!
¡Hay que oír de sus labios tentadores
la melodía del hablar nativo,
su verbo acariciante,
su musical período
que se engarza en arrullos, se desliza
en arpegios... ¡y apágase en suspiros!
¡De su reír de aurora en primavera
hay que oír los gorgoros cristalinos,
y la dulce tonada nemorosa
de un «a-la-lá» solemne y sensitivo!
¡Y hay que ver de bien cerca los adentros
de ese alcázar que esconde en su recinto
riquezas y tesoros
tan varios y tan ricos
que, en su contemplación enajenados,
tal vez no halléis indigno
que ese Dios que os inflama, ¡oh crea-
[dores!
de esta Diosa á los pies caiga rendido!

II

¿Do se encuentra, decid, la Mujer Fuer-
la del Sagrado Libro; [te,
la que carda el vellón de sus corderos
y con sus manos hila el blanco lino;
la que aviva la lumbre en la ara santa
del pacífico hogar, donde los ritos
de la honrada familia se celebran
de la austera virtud so los auspicios;
la que esconde en el hórreo, cuidadosa,
y hacendosa, después, amasa el trigo,
como en hucha, de abuelos heredada,
previniendo asechanzas de un mal sino,
del gasto cotidiano
va escondiendo los míseros resíduos;
la que labra la dicha del esposo
y el corazón modela de los hijos
y, próspera, los viste y los preserva
de los crudos rigores invernales;
la que vive feliz, y feliz muere
á bien con Dios y en paz consigo mis-
[mo?...

¿En dónde se hallaría este milagro?
¿En dónde?... ¡En este edén! ¡Sí, Dios
Su diestra luminosa [lo quiso!

tendióse en el principio
sobre aquestos pobrísimos hogares,
¡y quedaron de Dios por siempre hen-
¡Y la Mujer fué hecha [chidos!
un ánfora de bálsamo exquisito
que da unción á la vida, y da á la casa
süavísima atmósfera de nido!

Esposa, virgen, madre,
¡su gracia es el rocío
que refresca la savia de la estirpe
y prospera sus vástagos floridos!
La norma de su fuerte mansedumbre
dulcifica la ley de los instintos
y sublima los duelos familiares
en el puro crisol del sacrificio,
y radia en torno suyo
el sosegado brillo
de los hondos anhelos celestiales,
de los lentos recónditos martirios,
y concentra en la luz de su mirada
los afanes discretos y prolijos
que le impone la voz de sus deberes
resonando en el Código Divino.

Toda es verdad, su vida,
toda, honradez, la ley de sus caminos,
toda el alma piedad, todo ternura
el corazón, en lo de fuera esquivo.

Un día, la zagala, sin saberlo,
enamora al zagal... ¡estaba escrito!
¿Quién resiste á la fuerza sobrehumana

que ejerce la hechicera con sus filtros?
Desde entonces, el pobre enamorado
los recursos de su arte primitivo
combina con paciencia... ¡y se aventura
al arriesgado sitio!

¡Hay que justar, quizá, con cien galanes
que á la moza consagran sus ahincos!

¡hay que tomar, acaso, por sorpresa
el alta fortaleza, hecha de lirios!

Harto sabe que en ese audaz torneo
de estratégicos golpes fugitivos,

de marchas al soslayo,

de valerosos ímpetus,

por siempre ha de hacer suyo

el lauro apetecido

el que logre probar que sus amores

son los amores finos

con que sueña la virgen en sus horas

de vago, soledoso idealismo.

¡Esos amores solos

son los de Dios benditos!

¡Esos amores solos la conquistan

y cautiva la harán de su cautivo!

¡Feliz si lo logró! ¡Feliz mil veces,

que, dueño del espléndido castillo,

beberá las dulzuras del triünfo

en el oro de un cáliz inmarchito!

¡Feliz, feliz mil veces,

que, en su regazo tibio,

la rapaza, de anhelos florecida,

le brindará transportes no aprendidos
en las iniciaciones
de la escuela precoz del artificio!

¡Oh, qué música dulce y regalada
las caricias sin hiel, los tiernos mimos
de esas dos almas cándidas que juegan
á besarse, quizá, como dos niños!

¿Y cómo no otorgarse esas finezas
si, ya sin albedrío,

solamente les queda, en el amarse,
de la madre Natura el simple estilo?

¿No aman al sol así las castas flores?

¿No se quieren así los pajarillos?

Y la ardiente, morena Sulamita

¿no amaba así al Amado entre delirios?

¡Ah, sí! La casta virgen,

sin manchar del pudor el blanco armiño,

¡bien puede consentir que el zagal pruebe
el, de sus labios, generoso vino!

¡Bien puede regalar esas primicias

al que, diestro en salvar los precipicios,
escala los picachos de la sierra

sin que el vértigo sienta del abismo!

¡Bien puede la Ternura

á la Fuerza, serena en su dominio,

de una dicha, tardía por ser dicha,

ofrecer inocentes anticipos!

¡Bien puede amar así la que, sabiendo

que es diosa de los cármes más lindos,

al hogar llevará dentro del alma

los, de toda virtud, gérmenes vivos!

No temáis que la cieguen ó extravíen
de la flama nupcial los espejismos:
su corazón, novicio en los amores,
¡en los arduos deberes no es novicio!
Sabe amar... trabajar... orar... Ignora,
¡por eso no los teme! los peligros
de su hermosura excelsa,
de su duro vivir, pobre y mezquino;
ni le importa la brega cotidiana,
con tal que la humildad de su heroísmo
florezca en las virtudes
que Dios, en sus magnánimos designios,
exige de la Raza á quien, por «Ella»,
cedió la posesión de un paraíso...

¿Y no es esta, decid, la Mujer Fuerte,
la del Sagrado Libro?

¡Dad forma, si podéis, oh creadores,
á tan grandes y célicos prestigios!
Mas si á tanto no alcanza vuestro Numen
¡adoradla en silencio, y con cariño
oíd á los troveros de mi tierra
cuando, al són del agreste caramillo,
rinden parias de amor á esta inefable
creatura, tan hecha á lo divino!



